



La importancia de la unidad doméstica: Hacia una historia social del capitalismo con perspectiva de género

EILEEN BORIS

University of California

boris@femst.ucsb.edu

KIRSTEN SWINTH

Fordham University

swinth@fordham.edu

Resumen: Este ensayo se enfoca en la unidad doméstica para abordar un análisis del capitalismo con perspectiva de género. Repone un análisis generizado en las historias recientes del capitalismo, los análisis feministas de la reproducción social, las historias de la familia y el industrialismo, las historias de la sexualidad y las historias del trabajo de las mujeres. Plantea que analizar el capitalismo con una perspectiva centrada en la unidad doméstica echa luz sobre tres elementos centrales de la economía política capitalista. Primero, el capitalismo ha dependido del trabajo reproductivo y productivo que se realiza dentro del hogar, desde la industrialización temprana hasta la actualidad. Segundo, el trabajo reproductivo, históricamente anclado en la unidad doméstica, ha jugado un rol clave en el desarrollo de las relaciones laborales capitalistas. En tercer lugar, la mercantilización intensificada del trabajo reproductivo ha impulsado la acumulación capitalista, así como las relaciones sociales capitalistas, ya sea que ese trabajo se produzca dentro o fuera de la unidad doméstica.

Palabras clave: capitalismo, unidad doméstica, trabajo, reproducción social

Recibido: 2 de noviembre de 2023 **Aprobado:** 24 de noviembre de 2023.



Desde hace más de una década, académicos y académicas vienen redescubriendo al capitalismo como proceso económico, como término de análisis y como fuerza histórica.¹ Se trata de una “nueva” historia del capitalismo que surgió como respuesta a fenómenos contemporáneos que parecían haber transformado la economía mundial. Como ha argumentado Jürgen Kocka, el fin de la Guerra Fría, el dominio ideológico del neoliberalismo, la crisis de 2007-2009 y la expansión del desarrollo capitalista en el Sur Global y en los antiguos regímenes comunistas despertaron un renovado interés por redefinir los contornos de lo que entendemos por capitalismo.² Contamos ahora con sólidas reinterpretaciones de la transición del feudalismo al capitalismo, de la violencia de la acumulación originaria y de las continuidades que existen entre trabajo libre y no libre. A diversos estudios sobre conflictos laborales, mercantilización y expropiación de recursos se han añadido otros que abordan la importancia de los bancos, la asunción de riesgos, la especulación y otros medios de financiación del capital. El trabajo asalariado ya no parece ser tan central para definir al capitalismo, con nuevos estudios que han reevaluado la importancia del trabajo no asalariado o no remunerado en las relaciones productivas, incluyendo el de las amas de casa y las esclavas.³

¹ Este artículo fue publicado en inglés en *International Review of Social History*, con el título “Household Matters: Engendering the Social History of Capitalism”. Esta traducción al español, hecha por Lucas Poy y Rossana Barragán, representa el primer resultado de una colaboración entre ambas revistas destinada a promover publicaciones bilingües de destacados trabajos en el campo de la historia social. Las autoras agradecen a los participantes del taller sobre la Historia Social del Capitalismo en la Universidad de Bonn, y a los miembros del comité editorial del *International Review of Social History*, especialmente a Peter Drucker, Marcel van der Linden y Nicole Mayer-Ahuja, y a Aad Blok del *IRSH*.

² Jürgen Kocka, “Introduction”, en Jürgen Kocka y Marcel van der Linden (eds), *Capitalism: The Reemergence of a Historical Concept* (Nueva York, 2016), 1-12.

³ Entre los textos emblemáticos de la vasta “nueva historia del capitalismo” hay que incluir a Köcka y Van der Linden (eds), “Capitalism”, en Sven Beckert y Seth Rockman (eds), *Slavery’s Capitalism: A New History of American Economic Development* (Filadelfia, PA, 2016); Jason W. Moore, “The Capitalocene, Part I: On the Nature and Origins of our Ecological Crisis”, *Journal of Peasant Studies*, 44 (2017): 594-630; Sven Beckert y Christine Desan (eds), *American Capitalism: New Histories* (Nueva York, 2018); Andrew B. Liu, “Production, Circulation, and Accumulation: The Historiographies of Capitalism in China and South Asia”, *Journal of Asian Studies*, 78 (2019): 767-788; Trevor Burnard y Giorgio Riello, “Slavery and the New History of Capitalism”, *Journal of Global History*, 15 (2020): 225-244; Andrew David Edwards, Peter Hill y Juan Neves-Sarriegui, “Capitalism in Global History”, *Past & Present*, 249 (2020): 1-32; Destin Jenkins y Justin Leroy (eds), *Histories of Racial Capitalism* (Nueva York, 2021); y

La pandemia de COVID-19 subrayó la centralidad del trabajo de cuidado en el funcionamiento de las economías del mundo occidental, tanto el que se realiza en el propio hogar como el que se lleva a cabo en las viviendas de otras personas o en los sectores de servicios y salud. Privadas de acceso a servicios de cuidado de niños y ancianos, las madres, en particular, se enfrentaron a una carga adicional con una doble jornada de trabajo remunerado y reproductivo. Enfermeras, asistentes domésticas, empleadas de frigoríficos, recolectoras de frutas y empleadas de tiendas fueron inicialmente celebradas como heroínas pero también designadas como “trabajadoras esenciales” que se arriesgaban a llevar la infección a casa para brindar servicios a otros hogares.⁴ Estos episodios de la historia reciente nos llevan a encarar el proyecto de escribir una historia del capitalismo con perspectiva de género, que ponga el foco en la unidad doméstica, en los trabajos que se llevan a cabo dentro de ella y en la creciente mercantilización de esas tareas (tanto dentro como fuera del hogar) para comprender la economía política de conjunto.

Nos planteamos una serie de preguntas. ¿Cómo cambia la historia del capitalismo si se toma como punto de partida a la unidad doméstica? ¿Qué perspectivas se obtienen desde este ángulo para engendrar una historia del capitalismo con perspectiva de género? Una vez que se toma a la unidad doméstica como punto de partida para un análisis del capitalismo, emergen inmediatamente múltiples temas y dilemas: el trabajo de reproducción social forzado y no forzado; el trabajo emocional y educativo que implica socializar a las personas; la persistencia de mecanismos de trueque “precapitalista”, la búsqueda en la basura y otras formas de aprovisionamiento; la producción mercantil basada en el hogar; los trabajos para la industria realizados en el hogar; el consumo doméstico; el presupuesto familiar; el control colectivo e individual de los varones sobre los cuerpos de mujeres y niños (y, a menudo, otros varones); el matrimonio, la familia y sus fracturas; y la doble dinámica de regulación y explotación de las sexualidades. Con la intención de analizar algunos de estos temas, pero ciertamente no todos, organizamos nuestra discusión en torno a la mercantilización del trabajo reproductivo: es decir, el proceso a largo plazo y cada vez más profundo de monetización de la producción doméstica, los bienes básicos de subsistencia y el trabajo de reproducción social en sí mismo a través del intercambio mercantil, los

Jonathan Levy, *Ages of American Capitalism: A History of the United States* (Nueva York, 2021). Para una excelente síntesis de la historiografía, ver la “History of Capitalism Bibliography” (2021), creada por Seth Rockman y sus estudiantes en la Universidad de Brown.

<https://repository.library.brown.edu/studio/item/bdr:x6qjs69e/>

⁴ Jennifer Klein, “Inoculations: The Social Politics of Time, Labor, and Public Good in COVID-America”, *International Labor and Working-Class History*, 99 (2021): 30-46; Anna Triandafyllidou (ed.), *Migration and Pandemics: Spaces of Solidarity and Spaces of Exception* (Cham, 2022). <https://doi.org/10.1007/978-3-030-81210-2>.

precios y la relación salarial. También hacemos una distinción entre la mercantilización de los cuerpos y la mercantilización del trabajo doméstico.

El artículo plantea que analizar el capitalismo con una perspectiva centrada en la unidad doméstica echa luz sobre tres elementos centrales de la economía política capitalista. En primer lugar, lejos de separar al hogar como el espacio de la reproducción y a la fábrica como el espacio de la producción, el capitalismo ha dependido del trabajo reproductivo y productivo que se realiza dentro del hogar, desde los inicios de la industrialización hasta la actualidad. En segundo lugar, el trabajo reproductivo, que históricamente ha estado anclado en la unidad doméstica, ha jugado un rol clave en el desarrollo de las relaciones laborales capitalistas (no remuneradas y remuneradas, patriarcales e igualitarias, más o menos coaccionadas) y sus conflictos sociales concomitantes. En tercer lugar, la mercantilización intensificada del trabajo reproductivo ha impulsado la acumulación capitalista, así como las relaciones sociales capitalistas, ya sea que ese trabajo se realice dentro o fuera de la unidad doméstica.

Adoptamos este enfoque porque, a menudo, las historias del capitalismo suelen evitar el diálogo con los trabajos sobre la historia de las mujeres, la historia de las sexualidades y el análisis de género. Quienes estudian el género y las mujeres han lamentado la ausencia de mujeres en los nuevos estudios sobre el capitalismo y la mínima atención que prestan a cuestiones de género.⁵ Compartimos esta crítica y este sentimiento de decepción. Porque no solo se trata de advertir que la clase trabajadora (o la capitalista) tuvo al menos dos sexos, sino también de comprender que las divisiones sexuales del trabajo, las definiciones de género, el parentesco y la conformación familiar, así como la sexualidad normativa, han moldeado al modo de producción tanto como lo han reflejado. Como nos recordó Jonathan Levy, “la historia del capitalismo debe ser historia económica, pero también mucho más que eso”. La historia económica debe ser reconceptualizada como una historia con perspectiva de género que se interesa tanto por cómo viven las personas como por tratar de comprender quién tiene el poder de definir esas vidas, lo que supone una historia social y cultural. Estas historias deben ser generizadas en un sentido totalmente interseccional, teniendo en cuenta la raza, la clase,

⁵ Amy Dru Stanley, “Histories of Capitalism and Sex Difference”, *Journal of the Early Republic*, 36:2 (2016): 343-350; Ellen Hartigan-O'Connor, “The Personal Is Political Economy”, *Journal of the Early Republic*, 36:2 (2016): 335-341; Nan Enstad, “The ‘Sonerous Summons’ of the New History of Capitalism, Or, What Are We Talking about When We Talk about Economy?”, *Modern American History*, 2 (2019): 83-95; April Haynes, “Intimate Economies, 1790-1860”, en Nancy A. Hewitt y Anne M. Valk (eds), *A Companion to American Women's History*, 2da edición. (Hoboken, 2021), 89-106; Tracey Deutsch y Nan Enstad, “Capitalism in the Twentieth and Twenty-First Centuries”, en *A Companion to American Women's History*, 261-278.

la casta, las sexualidades y otros factores en sus formas materiales e ideológicas.⁶

Puntos de partida o hitos fundacionales

Para trazar una historia del capitalismo desde la perspectiva del trabajo doméstico y reproductivo, nos basamos en el análisis pionero de diversas feministas socialistas. La teoría de la reproducción social, ya sea articulada en el movimiento *Wages for Housework* de la década de 1970 o más recientemente en las elaboraciones de la filósofa política Nancy Fraser, colocó a la “reproducción social” (el trabajo humano dedicado a “crear o reproducir a la sociedad en su conjunto”) como un motor del capitalismo, a la par de la producción.⁷ Desde la década de 1970, feministas marxistas como Silvia Federici, Mariarosa Dalla Costa, Selma James y Lise Vogel rechazaron la idea de que el trabajo no pago de las mujeres dentro de la unidad doméstica sea improductivo.⁸ Más recientemente, exponentes de la teoría de la reproducción social se han apoyado en las ideas de las feministas negras para mostrar que la “reproducción de la vida” ha necesitado durante mucho tiempo una compleja red de trabajo coaccionado y remunerado, así como no remunerado, dependiente de mujeres pertenecientes a castas y clases inferiores, así como de mujeres de color. Este fenómeno pone de relieve el

⁶ Levy, *Ages of American Capitalism*, XXI.

⁷ Tithi Bhattacharya, “Introduction”, en Tithi Bhattacharya (ed.), *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Oppression* (Londres, 2017), 2; Louise Toupin, *Wages for Housework: A History of an International Feminist Movement, 1972-1977* (Londres, 2018); Nancy Fraser, “Contradictions of Capital and Care”, *New Left Review*, 100 (2016): 99-117; Nancy Fraser, *Cannibal Capitalism: How Our System is Devouring Democracy, Care, and the Planet - and What We Can Do About It* (Nueva York, 2022). Para un análisis que combina la teoría de la reproducción social con historias del capitalismo racializado, véase Diana Paton, “Gender History, Global History, and Atlantic Slavery: On Racial Capitalism and Social Reproduction,” *American Historical Review* 127, 2 (junio de 2022): 726-754. Para defensoras de larga data, véase Silvia Federici, *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle* (Nueva York, 2012); Lise Vogel, “Domestic Labor Revisited”, *Science & Society*, 64, 2 (2000): 152-153. Para síntesis recientes sobre la teoría de la reproducción social, véase Susan Ferguson et al., “Introduction”, Special Issue on Social Reproduction, *Historical Materialism*, 24, 2 (2016): 25-37; Susan Ferguson, *Women and Work: Feminism, Labour, and Social Reproduction* (Londres, 2020).

⁸ Federici, *Revolution at Point Zero*; Mariarosa Dalla Costa y Selma James, *The Power of Women and the Subversion of the Community* (Bristol, 1972); Lise Vogel, *Marxism and the Oppression of Women Toward a Unitary Theory* (Chicago, 2013 [1983]).

carácter racializado del capitalismo, así como su vínculo con el colonialismo de ocupación.⁹

Tempranos análisis de diversas teóricas e historiadoras que nos precedieron refuerzan nuestro argumento de que para escribir una historia del capitalismo con perspectiva de género es necesario colocar a la unidad doméstica como punto de partida. Historiadoras como Joan Scott, Louise Tilly y Wally Secombe argumentaron que distintas estructuras familiares, medios de supervivencia económica familiar y formas de trabajo de las mujeres acompañaron las diferentes fases del capitalismo a medida que pasaba de la industrialización temprana a formas basadas en la economía de consumo.¹⁰ Especialistas en demografía histórica han relacionado tanto la formación como la estructura de los hogares con la expansión de los mercados, las prácticas de consumo y la participación en el trabajo asalariado.¹¹ En un sentido similar, Fraser vinculó el desarrollo histórico del capitalismo con diferentes regímenes de reproducción social, formación de familias y/u organización de los hogares. Relacionó cada régimen con una etapa distinta del capitalismo: el competitivo liberal del siglo XIX; el administrado por el estado del siglo XX; y el financiero globalizador de la actualidad.¹² Nuestro enfoque recurre a investigaciones históricas para enriquecer y complejizar el marco teórico de Fraser.

También nos guía el trabajo sistematizador realizado por Peter Drucker y por Elizabeth Bernstein, quienes vincularon la evolución del capitalismo con las ideologías de género y las formaciones sexuales. Drucker analizó los regímenes de acumulación en términos de género y “formaciones del mismo sexo” (junto con formas de racismo y órdenes políticos globales). En su análisis, encontró una correspondencia entre el binario

⁹ Ferguson, *Women and Work*, 105; Premilla Nadasen, *Care: The Highest Stage of Capitalism* (Chicago, 2023), 47-97.

¹⁰ Louise A. Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work, and Family* (Nueva York, 1978); Wally Secombe, *A Millennium of Family Change: Feudalism to Capitalism in Northwestern Europe* (Nueva York, 1992); *idem*, *Weathering the Storm: Working-Class Families from the Industrial Revolution to the Fertility Decline* (Nueva York, 1993).

¹¹ Steven Ruggles, “Patriarchy, Power, and Pay: The Transformation of American Families, 1800–2015”, *Demography*, 52, 6 (2015): 1797-1823; Maria Stanfors y Frances Goldscheider, “The Forest and the Trees: Industrialization, Demographic Change, and the Ongoing Gender Revolution in Sweden and the United States, 1870–2010”, *Demographic Research*, 36, 6 (2017): 173-226; Tine De Moor y Jan Luiten van Zanden, “Girl Power: The European Marriage Pattern and Labour Markets in the North Sea Region in the Late Medieval and Early Modern Period”, *The Economic History Review*, 63, 1 (2010): 1-33; Mary S. Hartman, *The Household and the Making of History: A Subversive View of the Western Past* (Nueva York, 2004).

¹² Fraser, “Contradictions of Capital and Care”, 103-104.

“masculinidad/feminidad” y las formaciones del mismo sexo dominantes inversas con la etapa del “imperialismo clásico”; entre el género performativo y las identidades dominantes homosexuales en el fordismo; y entre el “patriarcado público” y la homonormatividad en el neoliberalismo.¹³ Bernstein, por su parte, conectó el capitalismo moderno temprano con la producción doméstica, las redes de parentesco extendidas y la sexualidad procreativa. Asoció, a su vez, el capitalismo industrial moderno con el trabajo asalariado, la familia nuclear y la sexualidad “afectiva/compañera”. La economía del “capitalismo tardío” dominada por los servicios, las finanzas, las tecnologías de la información y la acumulación flexible, en cambio, genera familias ensambladas e individuos aislados, así como lo que Bernstein llamó “autenticidad limitada”: una ética sexual en la que “el significado relacional reside en la traducción del mercado” y donde las relaciones mercantilizadas de “novia” son reales pero temporales.¹⁴

Estas intervenciones ponen en tensión grietas en la teoría de la reproducción social. La mayoría de las discusiones se centran en el cuidado de personas dependientes y en el mantenimiento del hogar a través de una variedad de tareas domésticas requeridas por la familia, incluida la alimentación, la lactancia y el apoyo emocional a sus miembros. El sexo más allá de la reproducción –trabajo no reproductivo en el sentido convencional de ese término– no suele ser mencionado, incluso en la forma de sexo comercializado. Leopoldina Fortunati ha argumentado que las prostitutas son como esposas en la medida en que atienden las necesidades del asalariado masculino, reponiendo su fuerza de trabajo. Fortunati ha sido prácticamente la única en incluir a las trabajadoras sexuales en un análisis del modo en que el trabajo reproductivo beneficia la acumulación capitalista.¹⁵ Especialistas queer y feministas, como Fortunati, Bernstein y Drucker, han puesto en evidencia la construcción histórica del sexo y la creación de relaciones capitalistas a través de este.¹⁶ Estas ideas orientan nuestra decisión de incorporar el sexo –ya sea como reproducción, fuente de placer, mercancía o como un constructo histórico que legitima algunas relaciones íntimas y hogares por encima de otros– entre los elementos de una historia del capitalismo centrada en la unidad doméstica.

¹³ Peter Drucker, *Warped: Gay Normality and Queer Anti-Capitalism* (Chicago, IL, 2015), 8.

¹⁴ Elizabeth Bernstein, “Bounded Authenticity and the Commerce of Sex”, en Eileen Boris y Rhacel Salazar Parreñas (eds), *Intimate Labors: Cultures, Technologies, and the Politics of Care* (Stanford, CA, 2010), 152, 160.

¹⁵ Leopoldina Fortunati, *Arcane of Reproduction* (Nueva York, 1989).

¹⁶ Jordana Rosenberg, Jordy Rosenberg y Amy Villarejo (eds), “Queer Studies and the Crises of Capitalism”, *GLQ*, 18, 1 (2012), número especial.

Mapeando el campo

Inspirándonos en esta rica tradición que conecta el capitalismo con las relaciones familiares, domésticas o sexuales, ofrecemos un análisis preliminar que vincula las fases del capitalismo con el trabajo doméstico no asalariado, el trabajo doméstico asalariado, la reproducción social mercantilizada, los cuerpos mercantilizados y las unidades domésticas reconstruidas (ver **Gráfico 1**)¹⁷. Leído horizontalmente, nuestro gráfico llama la atención sobre el carácter multifacético del trabajo de reproducción social, sus vínculos con las relaciones sexuales y familiares, y su imbricación tanto en el hogar como en el mercado en general. Leído verticalmente, el gráfico analiza cambios amplios en el carácter de cada elemento, lo que sugiere que estos elementos definen el carácter del capitalismo en un momento determinado pero también reaccionan a otras transformaciones dentro del capitalismo. Por ejemplo, las trabajadoras domésticas asalariadas que estaban atadas a los hogares en las primeras fases del capitalismo de mercado ahora suelen ser proveedoras independientes, abriéndose camino de manera precaria en el sector de servicios personales del capitalismo posfordista. Como toda clasificación, la presente simplifica una realidad mucho más compleja que incluye los regímenes laborales productivos del trabajo no remunerado y asalariado, la organización política y los cambios sustanciales que ocurrieron en términos espaciales y temporales en distintas regiones del mundo. Las flechas y las líneas punteadas en el gráfico indican procesos superpuestos, en curso y disputados en cada una de las categorías. En otras palabras, enfatizamos aquí el “desarrollo desigual” de los cambios.¹⁸

Antes de continuar, precisemos algunas definiciones. Al igual que el capitalismo, la unidad doméstica es una construcción histórica que se va transformando con el paso del tiempo. Sus límites se redefinen en relación con la economía política en su sentido más amplio. La unidad doméstica, resiliente y maleable, respondió a las intervenciones de los estados y sus agentes, así como de los mercados y sus imperativos. Cuando hablamos de unidad doméstica nos referimos a una unidad conformada por parientes vinculados por lazos “familiares”, formales o informales, así como por otras personas que residen y trabajan en ella, como sirvientes, esclavos, aprendices y huéspedes, ya sea que sus habitantes compartan o no ingresos junto con el trabajo compartido. Es un lugar de trabajo en todas sus dimensiones, así como un lugar para el sexo, que podría considerarse una forma de trabajo.

¹⁷ El gráfico es esquemático y se centra en el trabajo doméstico y de reproducción social (dejando así de lado el trabajo productivo/salarial convencional). Las líneas punteadas y las flechas indican procesos superpuestos, en curso y en disputa.

¹⁸ Tomamos el concepto de “desarrollos desiguales” de Mary Poovey, *Uneven Developments: The Ideological Work of Gender in Mid-Victorian England* (Chicago, 1988).

Gráfico 1.

Fase de desarrollo capitalista/ relaciones sociales	Trabajo en la unidad doméstica y reproducción social				
	Trabajo doméstico no asalariado	Trabajo doméstico remunerado y asalariado (trabajadoras)	Reproducción social mercantilizada (bienes)	Cuerpos mercantilizados	Unidades domésticas reconstruidas
<p>Capitalismo de mercado (etapas previas y tempranas) / Economía familiar / Modo de producción doméstico /</p> <p>Capitalismo de mercado / Colonialismo de poblamiento / Capitalismo racial</p>	<p>Las necesidades de trabajo de la unidad doméstica definen los roles laborales de hombres, mujeres y niños</p> <p>Interdependencia de trabajo y residencia</p> <p>Desplazamiento de hogares indígenas</p>	<p>Sirvientes y criados familiares</p> <p>Algunos servicios domésticos son comprados en el mercado</p>	<p>Amas de leche</p> <p>Reproducción social de mujeres esclavizadas</p> <p>Crece lentamente la compra en el mercado de artículos para el hogar (primera revolución del consumo)</p>	<p>Prostitución</p> <p>Reproducción forzada de mujeres esclavizadas</p>	<p>Unidades domésticas complejas con parientes; sirvientes; mujeres, hombres y niños esclavizados; y criados</p> <p>Sexualidad procreativa</p>
<p>Economía familiar asalariada / Industrialismo / Colonialismo e imperialismo</p> <p>Fordismo / Economía de consumo familiar / “Desarrollo” poscolonial</p>	<p>El trabajo doméstico no asalariado continúa en una economía de “salario familiar”</p> <p>Las mujeres siguen siendo responsables del trabajo doméstico y reproductivo</p> <p>Extracción del trabajo reproductivo por parte de la metrópoli</p>	<p>Sirvientes como trabajadores remunerados</p> <p>Crecen los servicios domésticos pagados: costureras, institutrices, lavanderas</p> <p>Crece el empleo reproductivo basado en el mercado (lavanderías comerciales; guarderías)</p>	<p>Composición del hogar en función de la necesidad de dinero (vs. trabajadores) y las necesidades de consumo</p> <p>Compra de bienes domésticos</p> <p>Los productos industriales penetran en el hogar y remodelan el trabajo doméstico</p>	<p>“Zonas rojas”</p>	<p>Familia nuclear</p> <p>Sexualidad afectiva/compañera</p> <p>Nuevas formas de autonomía para hijas/mujeres jóvenes</p> <p>Surgimiento de identidades queer</p>
<p>Postfordismo / Neoliberalismo</p>	<p>Doble sostén de la familia/ cuidadora femenina</p> <p>Madre soltera asalariada</p>	<p>Los servicios personales amplían su alcance (paseadores de perros, entrenadores personales)</p> <p>“Economía del cuidado”</p>	<p>Grandes porciones de necesidades domésticas satisfechas por medio de la compra (kits de comida, comida para llevar, moda rápida, sacaleches)</p>	<p>Intimidad como servicio de alquiler (la “experiencia de la novia”)</p> <p>Alquiler de vientres</p>	<p>Familias mixtas e individuos aislados junto con hogares conyugales</p> <p>“Autenticidad limitada”</p>

A lo largo de la historia, la unidad doméstica ha sido más grande o más pequeña, en función del número de miembros y de su trabajo. Ha sido siempre un escenario prominente para el trabajo reproductivo, y la consideramos por tanto una fuerza central en el desarrollo del capitalismo.¹⁹ Coincidimos por tanto con Marcel van der Linden quien, basándose en Jean Quataert, sostiene que el hogar debe ser “la unidad básica de análisis en lugar de los individuos, porque [...] hacerlo nos permite mantener ‘en foco en todo momento la vida de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, y la variedad de trabajo remunerado y no remunerado necesario para mantener la unidad’”.²⁰

Definimos al trabajo reproductivo como aquellas actividades que sostienen a las personas día a día y a través de las generaciones, en tareas vitales necesarias para desarrollar y mantener tanto la fuerza de trabajo como las relaciones sociales. Se trata de actividades materiales (como la alimentación), emocionales (como el amor) y asimilativas (como la transferencia de normas y valores), ya sea que ocurran en la familia, en la escuela, en la iglesia, en el lugar de trabajo o en la comunidad. Su significado también ha variado a través del tiempo y el espacio. El trabajo reproductivo ha sido asignado con mayor frecuencia a las mujeres. En un análisis de África bajo el colonialismo, Karin Pallaver y Filipa Ribeiro da Silva concluyeron que las mujeres eran “quienes tenían que cuidar el hogar y la producción de alimentos” y quienes “como madres ... eran necesarias para reproducir la fuerza de trabajo”.²¹ Cuando el trabajo reproductivo se mercantiliza como empleo, queda entremezclado con obligaciones no remuneradas, generalmente de carácter íntimo, de madres, esposas e hijas, y rara vez ha exigido salarios adecuados o incluso su

¹⁹ Nuestro análisis podría ampliarse y elaborarse de manera fructífera analizando hogares arraigados en relaciones no familiares. Por ejemplo, pensiones, casas compartidas entre compañeros de habitación y burdeles. Ver Wendy Gamber, *The Boardinghouse in Nineteenth-Century America* (Baltimore, 2007); Jessica Hester, “A Brief History of Co-Living Spaces”, *Bloomberg*, 22 de febrero de 2016; Jade Luiz, “Clandestine, Ephemeral, Anonymous?: Myths and Realities of the Intimate Economy of a Nineteenth-Century Boston Brothel”, en James A. Nyman, Kevin R. Fogle y Mary C. Beaudry (eds), *The Historical Archaeology of Shadow and Intimate Economies* (Gainesville, 2019), 214-238.

²⁰ Marcel van der Linden, *The World Wide Web of Work: A History in the Making* (Londres, 2023), 39. La cita está tomada de Jean H. Quataert, “Combining Agrarian and Industrial Livelihood: Rural Households in the Saxon Oberlausitz in the Nineteenth Century”, *Journal of Family History*, 10 (1985), 148. Ver también su capítulo “Household Strategies”, 111-124. Para un énfasis similar en la importancia de la unidad doméstica, Joan Smith, Immanuel Wallerstein y Hans-Dieter Evers (eds), *Households and the World-Economy* (Beverly Hills, 1984); Joan Smith e Immanuel Wallerstein, *Creating and Transforming Households: The Constraints of the World Economy* (Nueva York, 1992).

²¹ Karin Pallaver y Filipa Ribeiro da Silva, “Introduction”, *African Economic History*, 50, 1 (2002), 6.

reconocimiento como trabajo en todo el mundo. En las sociedades occidentales, la responsabilidad de las mujeres de cuidar y mantener sus hogares justificó horas de trabajo irregulares, trabajos a corto plazo y exclusión de los derechos laborales.²²

Precisamente porque creemos que hay que analizar el trabajo reproductivo y productivo de manera conjunta, tomamos como punto de partida algunas ideas básicas de la historiografía del trabajo asalariado de las mujeres. Estas investigaciones ya han ampliado nuestros conocimientos sobre la industrialización al correr el eje de la fábrica como el único lugar donde se trabaja y mostrar que todos los trabajadores y trabajadoras están situados en un determinado contexto familiar y comunitario, además de uno fabril. También redefinieron los límites de la clase trabajadora para incluir a las esposas e hijas de los trabajadores varones. En esta sección, exponemos brevemente las historias de las trabajadoras asalariadas y las ideologías de trabajo de género que dieron forma al lugar y la condición de las trabajadoras. Esta sección nos recuerda que una historia social del capitalismo con perspectiva de género debe incluir historias del trabajo escritas por especialistas en género e historia de las mujeres.

A continuación, ofrecemos un análisis del capitalismo centrado en la unidad doméstica. Esta sección considera cómo la producción de subsistencia y el trabajo de reproducción social no remunerado han sostenido al capitalismo, incluso cuando ambos se apegaron al intercambio de mercado y a las formas capitalistas de mercantilización. Si bien hemos considerado procesos globales y transnacionales, como es inevitable en las historias del capitalismo, nuestra intervención se basa desproporcionadamente en la historia que mejor conocemos: la de los Estados Unidos y su pasado colonial, marcado por un capitalismo racial. Somos conscientes de que estamos presentando solo una parte de la historia, pero tenemos la esperanza de que nuestra intervención provoque nuevas comparaciones y elaboraciones.

Mujeres asalariadas e ideologías de género en el trabajo

Durante décadas, quienes estudian a las mujeres y analizan cuestiones de género han subrayado el papel distintivo y central de las trabajadoras asalariadas en los procesos de formación de clase, acumulación de capital y crecimiento del trabajo asalariado. Durante la industrialización capitalista – un proceso que se extendió hasta bien entrado el siglo XX, cuando la desindustrialización de algunas regiones occidentales se vio acompañada por la relocalización manufacturera en regiones rurales y del Sur Global–, las

²² Dos síntesis recientes de la teoría de la reproducción social son Bhattacharya (ed.), *Social Reproduction Theory*; Ferguson *et al.*, “Introduction.”

mujeres proporcionaron mano de obra barata para el trabajo manufacturero. La industria textil, un fenómeno clave del proceso de industrialización, dependió de esa mano de obra. Desde el siglo XVIII, el desarrollo económico europeo —el lino irlandés, el algodón británico, la seda francesa y los textiles alemanes— dependió del trabajo de mujeres jóvenes que pasaban de la industria artesanal a la hilatura industrial.²³ Las primeras trabajadoras de las fábricas de Lowell, Massachusetts, en la década de 1830, eran las hijas de los habitantes de las granjas cercanas, y fueron reemplazadas por hombres y mujeres inmigrantes en las dos décadas posteriores.²⁴

Los puestos de trabajo de las mujeres se ampliaron desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. No hay duda de que las tareas domésticas y agrícolas —de subsistencia, coactivas y asalariadas— constituyeron la mayor parte del trabajo realizado por mujeres en todo el mundo hasta bien entrado el siglo XX. Tal era el caso de la Java colonial, donde las mujeres y sus hijos se dedicaban a la agricultura de subsistencia, mientras que el sistema de cultivos comerciales de mediados del siglo XIX obligaba a los hombres a ceder a las autoridades alrededor del 20 por ciento de su producción.²⁵ Mientras tanto, los hogares javaneses obtenían ingresos adicionales del tejido de telares manuales de mujeres para el consumo doméstico y local en los años de la Primera Guerra Mundial.²⁶ En el África colonial, la expansión de la agricultura comercial y las industrias extractivas que favorecían a los hombres llevó, en algunas áreas, a la pérdida de control de las mujeres sobre la tierra y redujo su trabajo agrícola para satisfacer las necesidades de consumo de la unidad doméstica. Los pueblos mineros segregaban el trabajo de las mujeres con bajos salarios y bajo estatus, concentrándolas en tareas de lavandería y cocina para los trabajadores varones. En algunas plantaciones agrícolas, como en la producción de cacao de Ghana, eran las mujeres quienes

²³ Mary Jo Maynes, “Gender, Labor, and Globalization in Historical Perspective: European Spinners in the International Textile Industry, 1750–1890”, *Journal of Women’s History*, 15, 4 (2004): 47–66.

²⁴ Thomas Dublin, “Women, Work, and the Family: Female Operatives in the Lowell Mills, 1830–1860”, *Feminist Studies*, 3, 1/2 (1975): 30–39; y Thomas Dublin, *Women at Work: The Transformation of Work and Community in Lowell, Massachusetts, 1826–1860*, 2da edición (Nueva York, 1993); para una perspectiva global sobre el uso de mujeres como mano de obra barata, Jan Lucassen, *The Story of Work: A New History of Humankind* (New Haven, 2021), 332–341.

²⁵ Elise van Nederveen Meerkerk, *Women, Work and Colonialism in the Netherlands and Java: Comparisons, Contrasts, and Connections, 1830–1940* (Londres, 2019).

²⁶ Ídem, “Challenging the De-Industrialization Thesis: Gender and Indigenous Textile Production in Java under Dutch Colonial Rule, c.1839–1920”, *Economic History Review*, 70, 4 (2017): 1219–1243.

proporcionaban la mano de obra básica sin contar con salarios garantizados, mientras que sus parientes varones retenían los ingresos.²⁷

Las mujeres fueron particularmente importantes en la industria liviana, sobre todo en ramas como el vestido y las municiones, pero también en la industria pesada, como es el caso de las lavanderías. A finales del siglo XIX, las mujeres blancas nacidas en Estados Unidos eran empleadas en los nuevos grandes almacenes y en el creciente sector minorista y gastronómico de la emergente economía capitalista de consumo. Los inmigrantes europeos recién llegados, por su parte, entraban en las fábricas para escapar del servicio doméstico, repitiendo la trayectoria de la población rural de generaciones previas. En Europa, las mujeres también se sumaron al sector comercial y a otros trabajos de cuello blanco. A medida que se extendían los tentáculos del capitalismo fordista, las empresas demandaron una vasta fuerza de trabajo de mecanógrafas y empleadas, generalmente provista por mujeres con educación secundaria pertenecientes al grupo racial, étnico o de castas dominante (con excepciones en ciertas culturas de reclusión). En los Estados Unidos, solo empresas negras contrataron a afroamericanas para tareas de cuello blanco hasta después de las luchas por los derechos civiles de la década de 1960. Las nuevas profesiones en las que se concentraban las mujeres en el siglo XX – docencia, trabajo social y enfermería – aparecían como extensiones de la maternidad, lo cual justificaba que recibieran salarios más bajos que otras ocupaciones llevadas a cabo por varones.²⁸

Estas tendencias se profundizaron y se repitieron en la segunda mitad del siglo XX. El posfordismo generó tanto una economía de servicios como un proceso de financiarización. La economía de servicios era en sí misma multifacética: además del comercio minorista y la gastronomía, se desarrollaron áreas de servicios comerciales y administrativos, como contabilidad y derecho corporativo, y de servicios personales, como paseadores de perros y entrenadores de fitness. La educación y la atención médica se convirtieron en motores del crecimiento económico en antiguas ciudades industriales como Pittsburgh, donde creció una fuerza laboral de auxiliares de enfermería y asistentes personales de bajos salarios,

²⁷ Kathleen Sheldon, *African Women: Early History to the 21st Century* (Bloomington, 2017), cap. 4.

²⁸ Para un vistazo general, Eileen Boris y Lara Vapnek, “Women’s Labors in Industrial and Postindustrial America”, en Eileen Hartigan-O’Connor and Lisa Materson (eds), *The Oxford Handbook of American Women’s and Gender History* (Nueva York, 2018), 171-192. Ver también Evelyn Nakano Glenn, “From Servitude to Service Work: Historical Continuities in the Racial Division of Paid Reproductive Labor”, *Signs*, 18 (1992): 1-43; Deborah Simonton, *A History of European Women’s Work, 1790 to the Present* (Londres, 1998); Gerry Holloway, *Women and Work in Britain Since 1840* (Londres, 2005); Amarjit Kaur, *Women Workers in Industrialising Asia: Costed, Not Valued* (Nueva York, 1988).

desproporcionadamente compuesta por mujeres negras e inmigrantes, mientras que desaparecían empleos sindicalizados en el acero ocupados por varones.²⁹ Hacia 1970, casi tres cuartas partes de las mujeres empleadas en los Estados Unidos se dedicaban a tareas administrativas, y las mujeres casadas con hijos regresaban a la oficina a tiempo parcial.³⁰ Cuando las grandes cadenas de almacenes reemplazaron a las tiendas locales, los propietarios y gerentes replicaron las jerarquías raciales y de género de quienes estaban detrás de los mostradores o trabajaban en las oficinas. Mujeres y hombres de color eran contratados para trabajar en la trastienda y solo pasaron al frente de los negocios cuando el trabajo se volvió más repetitivo y los salarios bajaron.³¹

Al mismo tiempo, más industrias con bajos salarios abandonaron los Estados Unidos y Europa Occidental, para relocalizarse en otras partes. En América Latina y en Asia, las industrias de exportación feminizaron su fuerza laboral industrial (con notables excepciones, como Argentina, que tenía una industria robusta desde el siglo XIX y una fuerza de trabajo masculina). Pero a diferencia de la globalización de la primera industrialización, reforzada por el comercio de esclavos y nuevas figuras legales como la sociedad anónima, las divisiones de género ocurrían ahora en un contexto en el que las multinacionales y las cadenas de suministro se hacían predominantes superando la producción para el uso o los mercados locales, como sucedió a lo largo de la frontera entre Estados Unidos y México.³² En el siglo XXI, jóvenes chinas abandonan sus hogares rurales para convertirse en residentes temporales de nuevas ciudades industriales, en dormitorios abarrotados similares a los de las trabajadoras de Lowell de antaño, produciendo la ropa y la electrónica que estimulan el ascenso chino como el nuevo Manchester global.³³ El mito de la trabajadora desechable que solo necesita poco dinero

²⁹ Gabriel Winant, *The Next Shift: The Fall of Industry and the Rise of Health Care in Rust Belt America* (Cambridge, 2021); Tracy Neumann, *Remaking the Rust Belt: The Postindustrial Transformation of North America* (Filadelfia, 2016).

³⁰ Kim England y Kate Boyer, "Women's Work: The Feminization and Shifting Meanings of Clerical Work", *Journal of Social History*, 43, 2 (2009): 307-340.

³¹ Bethany Moreton, *To Serve God and Wal-Mart: The Making of Christian Free Enterprise* (Cambridge, 2010). Para una comparación, ver Bridget Kenny, *Retail Worker Politics, Race and Consumption in South Africa: Shelved in the Service Economy* (Londres, 2018).

³² Teri L. Caraway, *Assembling Women: The Feminization of Global Manufacturing* (Ithaca, 2007); Jane Collins, *Threads: Gender, Labor, & Power in the Global Apparel Industry* (Chicago, 2003); Annelise Orleck, *We Are All Fast-Food Workers Now* (Boston, 2018); Lisa Lowe, *The Intimacies of Four Continents* (Durham, 2015).

³³ Melissa Wright, *Disposable Women and Other Myths of Global Capitalism* (Nueva York, 2006); Pun Ngai, *Made in China: Women Factory Workers in a Global Workforce* (Durham, 2005).

aumentó las ganancias en la línea de montaje global, del mismo modo que, mucho antes, lo habían hecho las primeras fábricas de los orígenes del capitalismo.³⁴

Los dedos ágiles y el cuidado maternal diferenciaban a la trabajadora del trabajador, pero eso no era todo. Los ideales hegemónicos de feminidad y masculinidad evolucionaron junto con el capitalismo. Desde principios del siglo XIX, estas ideologías cubrieron de mitos el trabajo de las mujeres e imaginaron el hogar como un territorio exclusivo de devoción femenina y materna, pero principalmente para las mujeres blancas y en particular de clase media. Jeanne Boydston mostró cómo los libros de literatura doméstica prescriptiva, típicos de los Estados Unidos previos a la Guerra Civil, desaparecieron como por arte de magia con la expansión de las relaciones sociales capitalistas. A través de un proceso de idealización romántica, se convirtió al hogar en “un nuevo Edén, un paraíso entregado... de una naturaleza benévola y generosa, sin la maldición del trabajo”.³⁵ Esa exitosa transformación rediseñó las bases de la dominación masculina y la subordinación femenina. Ser idealizada como “madre” en lugar de ser valorada como una “buena esposa” del siglo XVII o XVIII implicaba obtener formas limitadas de autoridad cultural principalmente desde una posición de dependencia. Cada vez más, la autoridad social del “trabajador” era negada a las mujeres, a pesar del trabajo que realizaban dentro y fuera del hogar. Trabajador se convirtió en sinónimo de varón.³⁶

La masculinidad, no menos que la feminidad, tuvo así un rol central para entender las relaciones de poder del capitalismo. En los Estados Unidos, a medida que el capitalismo se expandía a principios del siglo XIX, solo los varones libres, es decir blancos, que controlaban su propio trabajo —el pequeño propietario, el granjero y el hábil maestro artesano— eran considerados hombres verdaderamente independientes.³⁷ En el norte industrial de los Estados Unidos, hacia mediados del siglo XIX, el trabajo asalariado ya no era sinónimo de dependencia: amos y sirvientes habían sido reemplazados por empleadores y empleados, atrapados en la ficción legal de que podían participar en la libertad de contrato como iguales cuando la

³⁴ Leslie Salzinger, *Genders in Production: Making Workers in Mexico's Global Factories* (Berkeley, 2003).

³⁵ Jeanne Boydston, *Home and Work: Housework, Wages, and the Ideology of Labor in the Early Republic* (Nueva York, 1990), 147.

³⁶ *Ibid.*, 157-158.

³⁷ Daniel Rodgers, *The Work Ethic in Industrial America, 1850-1920* (Chicago, 1978); David Roediger, *The Wages of Whiteness: Race and the Making of the American Working Class* (Nueva York, 1991); Gail Bederman, *Manliness and Civilization: A Cultural History of Gender and Race in the United States, 1880-1917* (Chicago, 1995).

dependencia del trabajador solitario asalariado empoderaba en realidad al empleador.

La supuesta autonomía de los varones trabajadores se reflejaba en la dependencia de las mujeres trabajadoras. Esa percepción nunca impidió que las zapateras y tejedoras de Nueva Inglaterra protestaran en vísperas de la Guerra Civil, denunciando que no iban a ser “esclavas”. También ellas denunciaron los bajos salarios y el empeoramiento de sus condiciones, recurriendo a ese potente símbolo del trabajo no libre, la esclavitud, como el peor destino posible para un asalariado.³⁸ De hecho, en el mundo angloamericano de finales del siglo XIX, el discurso de la esclavitud personificado en la “esclava de la fábrica” y en las “siervas de la costura” convertía las discusiones sobre la explotación capitalista en denuncias sobre la victimización de las trabajadoras.³⁹ En estos discursos, el género sirvió como una categoría a través de la cual se expresó la explotación, sugiriendo que la femineidad debía ser salvada, a menudo llevándola al espacio naturalizado del hogar, como si allí las mujeres no fueran sometidas a violencia.

La acción colectiva a través de la sindicalización se convirtió en un elemento necesario para que un varón fuera realmente un varón. Proveer a través de un salario familiar se convirtió en el emblema de la masculinidad. Los varones debían ser independientes y estar orgullosos de su destreza artesanal, defendiendo a su comunidad de los agravios de la élite y de la explotación capitalista. La masculinidad se convirtió en el objetivo de los sindicatos de artesanos, que se movilizaron en torno a esta idea. En 1904, un sindicalista estadounidense explicaba que “el hombre es el proveedor y debe recibir lo suficiente por su trabajo como para asegurar a su familia una vida respetable”.⁴⁰ El género como categoría de análisis, para tomar la idea de Joan Scott, proporcionó el lenguaje para los esfuerzos de organización y reforma laboral, pero también brindó términos capaces de explicar las razones y los resultados de la actividad económica. Sin embargo, el salario familiar resultó ser un objetivo esquivo en la organización de la vida económica; el salario del varón rara vez fue suficiente para sostener a la unidad doméstica sin la generación de ingresos por parte de otros miembros del hogar y el trabajo reproductivo no remunerado de esposas e hijas.⁴¹ El mito de la mujer que

³⁸ Dublin, *Women at Work*; Alan Dawley, *Class and Community: The Industrial Revolution in Lynn* (Cambridge, 1976).

³⁹ Por ejemplo, Nell Nelson, “City Slave Girls”, *Chicago Daily Times* (julio-agosto, 1888); Louis Albert Banks, *White Slaves: The Oppression of the Worthy Poor* (Boston, 1893).

⁴⁰ Levy, *American Capitalism*, 169–170; citado en Alice Kessler-Harris, *Out to Work: A History of Wage-Earning Women in the United States* (Nueva York, 1982), 153.

⁴¹ Sonya O. Rose, *Limited Livelihoods: Gender and Class in Nineteenth-Century England* (Berkeley, 1992).

trabaja simplemente por un “dinero extra” mantuvo la ficción del salario familiar al mismo tiempo que dejaba a las trabajadoras vulnerables a la explotación, negando la existencia de multitudes de mujeres autosuficientes.

No solo en Estados Unidos las ideologías de género justificaron la segregación ocupacional. Como ha demostrado Samita Sen, las fábricas de yute bengalí excluían a las mujeres de empleos bien remunerados, basándose en la idea de que las mujeres respetables debían permanecer aisladas, sin trabajar en público.⁴² Las mujeres perdían estatus por estar en las calles, aun cuando no fueran mujeres “de la calle”. Estas relaciones también se racializaron, vinculando la domesticidad con la verdadera feminidad, definiendo esta última en términos de blancura o “britanidad”, en contraposición a los africanos esclavizados, a los “nativos” incivilizados, a los chinos “paganos” y a todos los no europeos conquistados. Los varones debían proteger a sus esposas e hijos, pero quienes eran esclavizados no podían detener la violencia contra sus parientes, su venta o su propia movilidad forzada y rendimiento sexual forzado.⁴³

Estas ideologías recorrieron el mundo, mezclándose con divisiones de género y relaciones de poder preexistentes. Los prejuicios racistas sobre la fuerza física de las mujeres africanas mostraban que las ideologías de género sobre el trabajo bajo el capitalismo eran más una cuestión de conveniencia que de coherencia. Al igual que ocurrió con la esclavitud, los colonos europeos y estadounidenses nunca eximieron a las mujeres colonizadas del arduo trabajo de transportar sacos de cacao de doscientas libras desde las fincas hasta el puerto.⁴⁴ La maquiladora global de finales del siglo XX también generó retratos generalizados de victimización, destacando a la abyecta “Mujer del Tercer Mundo”, explotada por los empleadores, avivada por sindicatos de la confección y ONGs como Global Exchange, la Clean Clothes Campaign y el National Labor Committee.⁴⁵

Trabajo doméstico: extraído, socialmente reproductivo y cada vez más mercantilizado

El estatus de la mujer como trabajadora de segunda clase y las ideologías de género del trabajo dicen mucho acerca de la formación de clases en el capitalismo, la extracción de ganancia y los regímenes laborales; pero esas

⁴² Samita Sen, *Women and Labour in Colonial India* (Cambridge, 1999).

⁴³ Thomas A. Foster, *Rethinking Rufus: Sexual Violations of Enslaved Men* (Athens, GA, 2019).

⁴⁴ Sheldon, *African Women*, cap. 4.

⁴⁵ Ethel Brooks, *Unraveling the Garment Industry: Transnational Organizing and Women's Work* (Minneapolis, 2007).

historias no son suficientes para comprender completamente la génesis del capitalismo. Estos marcos de análisis continúan dejando de lado el trabajo doméstico y reproductivo, perpetuando un proceso de ocultamiento que comenzó con la idealización decimonónica del “hogar” y el “ángel en la casa” en los Estados Unidos y Europa. Centrándose en la unidad doméstica y en el trabajo reproductivo asociado con ella, esta sección analiza los procesos por los cuales el trabajo del hogar se entrelazó con el capitalismo, tanto en forma de reproducción no remunerada de la vida humana y la fuerza de trabajo como, en los últimos siglos, en forma de bienes cada vez más mercantilizados y de trabajo asalariado.

La unidad doméstica funcionó como sitio de producción. En las economías de subsistencia, sus habitantes consumían lo producido o lo intercambiaban por otros bienes, asignando el trabajo según fuera necesario. Con el avance de la industrialización, cuando mujeres y niñas no estaban en las fábricas, cosían, trenzaban y arreglaban la casa.⁴⁶ El trabajo a domicilio transformó el trabajo femenino en parte integral de los naciotes sistemas capitalistas, particularmente cuando convertía a mujeres casadas y madres en generadoras de ingresos. En el siglo XIX, esto ocurrió en diversos lugares del mundo, desde la Suecia rural hasta la Gran Bretaña urbana o la India colonizada. Como señaló el propio Marx, la unidad doméstica y la fábrica estaban conectadas por “hilos invisibles”: mujeres y niños que, con su trabajo a destajo, hacían más rentable el sistema fabril realizando tareas que consumen mucho tiempo, ahorrándoles así a los empleadores el costo de producción que implica brindar espacio, herramientas y otros materiales.⁴⁷ Las mujeres que elaboraban encajes en Andhra Pradesh, India, y se definían a sí mismas como amas de casa, confundían la producción para el mercado mundial con una tarea para obtener “un dinero extra”. Alimentaban de esta forma un proceso de acumulación de capital en el que comerciantes e intermediarios, varones y a menudo parientes, controlaban un vasto sistema de trabajo a domicilio. Las trabajadoras de encajes de la India encarnaban la negación de la ideología de esferas separadas, al igual que ocurría con las mujeres inmigrantes que trabajaban desde sus casas para la industria textil norteamericana de finales del siglo XIX, cuyo trabajo mostraba que la unidad doméstica era un puesto de avanzada de la fábrica.⁴⁸

⁴⁶ Tom Dublin, “Women and Rural Outwork”, en *Transforming Women’s Work: New England Lives in the Industrial Revolution* (Ithaca, 1994), 29-76.

⁴⁷ Karl Marx, *Capital*, vol. I (Nueva York, 1967), 461. Eileen Boris, *Home to Work: Motherhood and the Politics of Industrial Homework in the United States* (Nueva York, 1994); Malin Nilsson, Indrani Mazumdar y Silke Neunsinger (eds), *Home-Based Work and Home-Based Workers, 1800–2021* (Leiden, 2022).

⁴⁸ Maria Mies, *The Lace Makers of Narsapur* (Melbourne, 2012), reimpression de la edición de 1982.

Así como la producción a domicilio pasó de ser un servicio fundamental y necesario en las necesidades del hogar a convertirse en generador de ganancias capitalistas, el trabajo reproductivo se combinó también y cada vez más con los imperativos capitalistas. Regeneraba la fuerza de trabajo, al tiempo que se mercantilizaba y entremezclaba cada vez más con las relaciones salariales. Por cierto, el pago por los servicios domésticos es un fenómeno que existía desde antes del desarrollo pleno del capitalismo industrial. La Europa moderna conoció un floreciente comercio sexual en el que incluso las mujeres casadas vendían sexo.⁴⁹ Ciudades portuarias como Baltimore dependían del trabajo de lavanderas, cocineras, posaderas, costureras y prostitutas para reponer la fuerza de trabajo de la gente de mar. Como observa Seth Rockman en su análisis de los años que van desde 1790 hasta la década de 1810, “el trabajo... que antes recaía principalmente en la propia esposa, madre o hija podía comprarse a otra persona, en términos ocasionales, contractuales [o] coercitivos”. La contratación de mano de obra esclava reducía aún más el precio de dichos trabajos.⁵⁰ Pero estos servicios aumentaron en el siglo XIX, con el avance de la urbanización y la industrialización.

Las mujeres, en tanto productoras independientes o como empleadas de otros, vendían sus servicios para reproducir la vida cotidiana, especialmente en lugares que concentraban a trabajadores varones, como campamentos mineros y otros lugares de extracción. Las mujeres contraían matrimonios temporales o, como seguidoras de los ejércitos antes del desarrollo de sistemas burocráticos de provisión, cocinaban y lavaban, cuidaban y gratificaban a los varones. En la zona del Canal de Panamá, mujeres de las islas del Caribe proporcionaron la mano de obra que alimentaba y albergaba a la fuerza de trabajo de la población de color que tuvo un papel indispensable en la expansión de la infraestructura imperial estadounidense. Es decir, eran las mujeres quienes reproducían la fuerza de combate y de trabajo. Sin ellas, la producción era imposible. Algunas de estas mujeres eran conscriptas, borrando la línea entre el trabajo libre y no libre.⁵¹

⁴⁹ Por ejemplo, Julia Laite, “A Global History of Prostitution: London”, en Magaly Rodríguez García, Lex Heerma van Voss y Elise van Nederveen Meerkerk (eds), *Selling Sex in the City: A Global History of Prostitution, 1600s–2000s* (Leiden, 2017), 124.

⁵⁰ Seth Rockman, *Scraping By: Wage Labor, Slavery, and Survival in Early Baltimore* (Baltimore, 2009), 102.

⁵¹ Thavolia Glymph, “Noncombatant Military Labor in the Civil War”, *OAH Magazine of History*, 26, 2 (2012): 25-29; George Chauncey Jr., “The Locus of Reproduction: Women’s Labour in the Zambian Copperbelt”, *Journal of Southern African Studies*, 7 (1981): 135, 139; Luise White, *The Comforts of Home: Prostitution in Colonial Nairobi* (Chicago, 1990); Kamala Kempadoo, *Sexing The Caribbean: Gender, Race, and Sexual Labor* (Nueva York, 2004); Joan Flores-

El trabajo doméstico asalariado se subsumió también dentro de los regímenes laborales capitalistas en los siglos XVIII y XIX. Los hogares contaban con sirvientas desde hacía mucho tiempo, pero el trabajo remunerado bajo el capitalismo separó a estas personas de las obligaciones sociales que habían atado las sirvientas a sus hogares, transformándolas en asalariadas, sujetas a la menor remuneración posible bajo el supuesto de que cualquier mujer era capaz de cocinar, limpiar y cuidar. Desde el siglo XIX, las trabajadoras domésticas desarrollaron sus tareas con cama adentro –a menudo bajo coacción– o por horas. La subcontratación y la externalización del trabajo reproductivo ocurrieron en simultáneo: trabajadoras domésticas remuneradas trabajaban en los hogares de los empleadores y, al mismo tiempo, los hogares compraban bienes y servicios similares de mujeres en el sector de servicios. Las cocineras preparaban la comida; las sirvientas y las lavanderas se hacían cargo de la limpieza de sus viviendas y de su ropa; las niñeras cuidaban a los niños en su proceso de crecimiento.

Atrayendo a la esclavitud dentro de su órbita, el capitalismo demandó amplias redes de trabajo de reproducción social de mujeres esclavizadas. Como argumentó Diana Paton, el sistema de esclavitud atlántica, desde sus primeros días hasta el siglo XIX, dependió de los esfuerzos de las mujeres africanas que daban a luz y criaban a los trabajadores esclavizados vendidos fuera del continente. En sus etapas más tardías, la trata de esclavos interna tanto en los Estados Unidos como en Brasil vinculó el trabajo reproductivo de mujeres esclavizadas en Chesapeake o en el nordeste brasileño con la extensión geográfica de la esclavitud en las plantaciones del siglo XIX.⁵² Pamela Bridgewater planteó que la reproducción forzada era “tan fundamental para la institución como el trabajo forzado”.⁵³ Más recientemente, Jennifer Morgan ha subrayado “el papel que tuvo el parentesco en la autorización de la esclavitud racial hereditaria y en la configuración del desarrollo de la esclavitud como un instrumento financiero y comercial”, estimulando el desarrollo capitalista en el mundo atlántico angloparlante.⁵⁴

Bajo el régimen esclavista, los propios cuerpos de mujeres y hombres se convertían en activos. Los cuerpos no solo tenían valor como fuerza de trabajo, sino que también eran usados como garantía para los bancos y

Villalobos, *The Silver Women: How Black Women's Labor Made the Panama Canal* (Filadelfia, 2023).

⁵² Paton, “Global History, Gender History, and Atlantic Slavery”, 727-728.

⁵³ Bridgewater citado en JoAnn Wypijewski, “The Long Hand of Slave Breeding, Redux”, *Counterpunch*, 14 (mayo, 2022), reimpresso en Portside, <https://portside.org/2022-05-14/long-hand-slave-breeding-redux>

⁵⁴ Jennifer L. Morgan, *Reckoning with Slavery: Gender, Kinship, and Capitalism in the Early Black Atlantic* (Durham, 2021), 26.

comercializados con fines de lucro, una forma de trata de personas.⁵⁵ Según Amy Dru Stanley, “la cría de esclavos se encontraba en el corazón de la economía política del período previo a la Guerra Civil, tanto como las finanzas, las tareas domésticas y la producción de mercancías”.⁵⁶ En este sentido, la reproducción se convirtió en una forma de producción, ya que dar a luz a personas aumentaba la riqueza de los propietarios, ya sea como fuerza de trabajo a explotar en el futuro o como activo que podría ser monetizado y vendido. Las mujeres esclavizadas cuidaban a los hijos de otras mujeres, tanto blancas como negras, en tal vez una cuarta parte de las familias esclavistas en el sur de los Estados Unidos.⁵⁷

Antes del desarrollo de formas artificiales confiables de alimentación infantil, campesinas francesas o de la India colonial, inmigrantes irlandesas en la ciudad de Nueva York o aldeanas en Gran Bretaña y en toda Europa se emplearon como amas de leche, convirtiendo un componente de la reproducción en una fuente de ingresos.⁵⁸ Es decir, los cuerpos de mujeres pobres y de clase trabajadora, utilizados durante mucho tiempo para alimentar a los hijos de mujeres de alto estatus, también podrían ser explotados con fines de lucro. La lactancia materna, una vez integrada en el capitalismo, no solo agregaba dinero a los escasos ingresos del hogar, sino que proporcionaba también ese ingrediente económico esencial: la creación de personas y su posterior fuerza de trabajo. Usando las palabras de Lara Vapnek, la leche humana se convirtió en “un producto medicalizado”, disponible en bancos de leche y en hospitales: era oro blanco. A principios del siglo XXI, esto llevó a empresas con fines de lucro a pedir a mujeres negras de barrios pobres que vendieran su leche para que otras mujeres pudieran alimentar a sus bebés. La escasez de leche de fórmula en el marco del caos de

⁵⁵ Daina Ramey Berry, *The Price for Their Pound of Flesh: The Value of the Enslaved, from Womb to Grave, in the Building of a Nation* (Boston, 2017); Stephanie Jones-Rogers, *They Were Her Property: White Women as Slave Owners in the American South* (New Haven, 2019); Paton, “Global History, Gender History, and Atlantic Slavery”.

⁵⁶ Stanley, “Histories of Capitalism and Sex Difference”, 350. Ver también Edward Baptist, “‘Cuffy,’ ‘Fancy Maids,’ and ‘One-Eyed Men’: Rape, Commodification, and the Domestic Slave Trade in the United States”, *American Historical Review*, 106 (2001): 1619-1650.

⁵⁷ Emily West con R.J. Knight, “Mothers’ Milk: Slavery, Wet-Nursing, and Black and White Women in the Antebellum South”, *Journal of Southern History*, 83, 1 (2017): 37-68.

⁵⁸ Janet Golden, *A Social History of Wet Nursing in America: From Breast to Bottle* (Nueva York, 1996); George D. Sussman, *Selling Mothers’ Milk: The Wet-Nursing Business in France, 1715-1914* (Urbana, 1982); Lara Vapnek, “The Labor of Infant Feeding: Wet-Nursing at the Nursery and Child’s Hospital, 1854-1910”, *Journal of American History*, 109, 1 (2022): 90-115, resume estudios recientes en distintas geografías y períodos.

las cadenas de comercialización luego de la pandemia de COVID-19 puso de manifiesto todos los peligros de la mercantilización.⁵⁹

El parto tiene una historia que se trasladó del hogar al hospital, desplazando a las comunidades de vecinos y familiares y a la partera con nuevas profesiones. Incluso el retorno de las clases medias urbanas al “parto natural”, en las décadas de 1970 y 1980, se convirtió en un negocio con libros de instrucciones, entrenadoras de parto y doulas (acompañantes especializadas para el parto). Las mujeres pobres que dependían de la asistencia pública se vieron vigiladas durante mucho tiempo, obligadas a recibir instrucciones sobre maternidad como requisito previo para obtener recursos de cuidado prenatal e infantil, recibiendo menos opciones sobre cómo dar a luz a sus hijos.⁶⁰ Efectivamente, la mercantilización tuvo un impacto diferencial según la clase social en la crianza y educación de los niños; el trabajo reproductivo de las mujeres no solo ha mantenido a los hogares y las familias, sino que también ha sido esencial en el proceso de formación de clase. El privilegio de clase, y la lucha de clases, en la mercantilización del trabajo doméstico se manifestaron de diversas maneras. En algunos contextos, tener ingresos para comprar trabajo reproductivo en el mercado significaba un estatus de clase, mientras que, en otros, contar con suficiente riqueza para reservar el trabajo de una mujer para el trabajo familiar no remunerado se convirtió en un punto de estatus.

Producir la próxima generación implica sin duda crear futuros trabajadores, pero también educarlos y socializarlos para que acepten su lugar en la sociedad. Jan Lucassen ha señalado que la transición demográfica —de embarazos continuos con alta mortalidad infantil a una situación en la que hay menos niños criados y educados por las madres— permitió a las mujeres casadas trasladarse de la producción en el hogar a otros lugares de trabajo. Sin embargo, al encontrarse “embarazadas con menos frecuencia”, las

⁵⁹ Vapnek, “The Labor of Infant Feeding”, 114; Andrea Freeman, *Skimmed: Breastfeeding, Race, and Injustice* (Stanford, 2021); Laura Harrison, “Milk Money: Race, Gender, and Breast Milk ‘Donation’”, *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 44, 2 (2019): 281-306. Estamos jugando con la idea de “oro negro” de Jennifer Nash en *Birthing Black Mothers* (Durham: Duke University Press, 2021), 31-68, donde la leche materna circula para sostener la vida (en este caso, las vidas negras) y así gana valor contra la necropolítica contra las vidas negras que ha generado una industria industrial carcelaria. Véase también Martine Paris, “Why the Baby Formula Shortage Continues in the US”, *Washington Post*, 22 julio de 2022.

⁶⁰ Richard Wertz y Dorothy Wertz, *Lying-In: A History of Childbirth in America* (New Haven, 1977); Judith Walzer Leavitt, *Brought to Bed: Childbearing in America, 1750–1950* (Nueva York, 1986); Sarah Knott, *Mother Is a Verb: An Unconventional History* (Londres, 2019); Jennifer Nelson, *More than Medicine: A History of the Feminist Women’s Health Movement* (Nueva York, 2015); Nash, *Birthing Black Mothers*.

mujeres tenían mayores responsabilidades de cuidado: “aumentó notoriamente la carga del cuidado infantil: había menos niños, pero el compromiso material y emocional era mayor, especialmente cuando su educación era clave para el éxito social”. Según Viviana Zelizer, a fines del siglo XIX, los niños se volvieron invaluable entre las clases media y profesional. Ya no eran valorados por sus ingresos inmediatos o por su potencial para cuidar de sus padres ancianos. Una socialización adecuada podría asegurar la posición social del hogar. A pesar del aumento de la participación en la fuerza laboral, las madres continuaron llevando la mayor parte de la carga en el trabajo no remunerado de criar a sus hijos, a menudo en detrimento de sus ingresos de por vida. Esto incluso cuando recurrían al cuidado infantil pagado, una ocupación cada vez más estratificada entre vecinos en el hogar y niñeras familiares, instituciones educativas y centros corporativos.⁶¹

Invadir el hogar

Las tareas domésticas no remuneradas, incluidas las tareas de cocina y limpieza, también se reconfiguraron en el largo desarrollo del capitalismo industrial en el siglo XIX. En términos prácticos, el trabajo en general seguía siendo el mismo, ayudado por nuevas herramientas, pero su significado cambió. De ser una actividad de subsistencia y un valor de uso en la economía del hogar, pasó a ser una mezcla híbrida que combinaba valor de uso, consumo mercantilizado y mecanización racionalizada. Las mujeres continuaron cultivando sus huertos y preparando conservas, aliviando los dolores de los enfermos y limpiando habitaciones. Los huertos domésticos ayudaron a garantizar el aprovisionamiento básico de alimentos. En las regiones mineras de los montes Apalaches, en Estados Unidos, el “jardín capturado”, como lo ha denominado Steven Stoll, ayudó a los empleadores a mantener bajos los salarios y altos los beneficios mientras acumulaban mano de obra en el hogar.⁶² Los terrenos de cultivo propio en los sistemas de plantación redujeron de manera similar el costo del sustento, permitiendo una mayor acumulación de capital.⁶³ Christine Stansell rastreó el ingenioso

⁶¹ Lucassen, *The Story of Work*, 333; Viviana Zelizer, *Pricing the Priceless Child: The Changing Social Value of Children* (Nueva York, 1985); Tilly and Scott, *Women, Work, and Family*; Sonya Michel, *Children's Interests/Mothers' Rights: The Shaping of America's Child Care Policy* (New Haven, 1999).

⁶² Steven Stoll, *Ramp Hollow: The Ordeal of Appalachia* (Nueva York, 2017).

⁶³ Por ejemplo, Verena Stolcke, “The Labors of Coffee in Latin America: The Hidden Charm of Family Labor and Self-Provisioning”, en William Roseberry, Lowell Gudmundson y Mario Samper Kutschbach (eds), *Coffee, Society, and Power in Latin America* (Baltimore, 1995), 65-93; Angela Davis, “Reflections on

(y lento) trabajo de búsqueda en la basura realizado por mujeres urbanas del siglo XIX, demostrando su importancia para la supervivencia familiar.⁶⁴ El “Research Working Group on Households, Labor-Force Formation, and the World-Economy” llamó la atención sobre labores constantes, no remuneradas y generadoras de subsistencia enraizadas en el hogar, como el trueque, los intercambios subterráneos de cuidado infantil y las ventas de garaje.⁶⁵ El mantenimiento del hogar a través de actividades no reconocidas como trabajo invisibilizó las formas en que el trabajo de sustento aumentaba la rentabilidad.

Las formas industriales penetraron en la actividad diaria de las tareas domésticas no asalariadas. Como demostró Jeanne Boydston, en los Estados Unidos del período previo a la Guerra Civil, la industrialización en el nordeste reorganizó el trabajo *dentro* de la casa. “Lo más sorprendente”, señaló, era “cuán estrechamente se replicaba la reorganización [de las tareas domésticas y el trabajo remunerado]”. Nuevos productos capitalistas como la máquina de coser y la estufa de hierro fundido alteraron la estructura y el ritmo del trabajo diario de las mujeres en los hogares de clase trabajadora y de clase media. En esencia, el hogar y las tareas domésticas ofrecían un mercado vasto y expansivo para la inversión a través de la producción de electrodomésticos y las innovaciones arquitectónicas, un campo para la expansión capitalista que no necesariamente implicaba menos trabajo para las madres.⁶⁶

Los productos mercantilizados aliviaron sistemáticamente parte del trabajo doméstico (menos tardes calurosas de verano preparando conservas de tomates, menos tiempo escurriendo la ropa recién lavada) al mismo tiempo que ampliaban el trabajo de consumo y elevaban el estándar de limpieza doméstica. En los hogares heterosexuales, las amas de casa realizaban un trabajo de alquimistas, convirtiendo el dinero y las materias primas adquiridas en el mercado en alimentos y comodidades domésticas. Usaban máquinas de coser, a menudo compradas a plazos, o pagaban a costureras y sastres para vestir a los miembros del hogar. Reciclaban y reutilizaban

the Black Women’s Role in the Community of Slaves”, *The Massachusetts Review*, 13 (1972): 86-87.

⁶⁴ Christine Stansell, *City of Women: Sex and Class in New York, 1789-1860* (Urbana, 1987).

⁶⁵ Joan Smith, Immanuel Wallerstein y Hans-Dieter Evers (eds), *Households and the World-Economy* (Beverly Hills, 1984); Joan Smith y Immanuel Wallerstein, *Creating and Transforming Households: The Constraints of the World Economy* (Nueva York, 1992).

⁶⁶ Boydston, *Home and Work*, 100-101; Ruth Schwartz Cohen, *More Work for Mother: The Ironies of Household Technology from the Open Hearth to the Microwave* (Nueva York, 1985); Susan Strasser, *Never Done: A History of American Housework* (Nueva York, 1982).

textiles de todo tipo. El advenimiento de las grandes tiendas y los catálogos de pedidos por correo implicó la llegada de ropa ya confeccionada, cosida por una legión de trabajadoras, que a menudo requería arreglos o correcciones. La costura casera persistió como arte y artesanía, pero también como una forma de estirar los ingresos, generando una industria propia.⁶⁷

Desarrollos desde 1900

En los siglos XX y XXI, la mercantilización del trabajo de reproducción social se aceleró, intensificó y profundizó, tanto dentro del hogar como en términos de la externalización de ese trabajo como empleo fuera de la unidad doméstica. Estos procesos continuaron con la expansión del trabajo asalariado femenino: el trabajo doméstico de las mujeres (antes no asalariado y vinculado a las necesidades familiares) se hizo crecientemente asalariado, y las mujeres continuaron realizándolo en diversos lugares. Dentro del hogar, el trabajo doméstico diario remunerado, el cuidado de los niños y los servicios de limpieza crecieron para compensar el hecho de que muchas mujeres dedican muchas horas de trabajo a un empleo remunerado fuera del hogar.⁶⁸

Después de la Segunda Guerra Mundial, expertas de la OIT sobre el trabajo femenino subrayaron la conexión entre las responsabilidades de las mujeres en el hogar, es decir, sus trabajos reproductivos no remunerados, y la demanda de su fuerza de trabajo en las economías capitalistas, particularmente para satisfacer la escasez de mano de obra en profesiones dominadas por mujeres como la enseñanza, la enfermería y el trabajo social, los mismos tipos de empleos que replicaban trabajos no remunerados anteriormente. Se proponía mercantilizar y externalizar el trabajo reproductivo, aliviando las tareas domésticas privadas a través de emprendimientos públicos como guarderías, programas de cuidado de

⁶⁷ Wendy Gamber, *The Female Economy: The Millinery and Dressmaking Trades, 1860–1930* (Urbana, 1997); Susan Levine, “Workers’ Wives, Gender, Class, and Consumerism in the 1920s US”, *Gender and History*, 3 (1991): 45-64; Sarah A. Gordon, *“Make it Yourself”: Home Sewing, Gender, and Culture, 1890-1930* (Nueva York, 2007).

⁶⁸ Esta literatura es vasta. Un buen punto de partida es Dirk Hoerder, Elise Van Nederveen Meerkerk y Silke Neunsinger, eds., *Towards A Global History of Domestic and Caregiving Workers* (Leiden: Brill, 2015). Ver también Glenn, “From Servitude to Service Work”; David M. Katzman, *Seven Days a Week: Women and Domestic Service in Industrializing America* (Urbana, 1978); Premilla Nadasen, *Household Workers Unite: The Untold Story of African American Women Who Built a Movement* (Boston, 2015); Mignon Duffy, *Making Care Count: A Century of Gender, Race, and Paid Care Work* (New Brunswick, 2011); y Barbara Ehrenreich, *Nickel and Dime: On (Not) Getting By in America* (Nueva York, 2001), 51-120.

ancianos y limpieza, ya que era difícil encontrar empleadas domésticas. Al oponerse a los cambios en la ley de inmigración de 1965, las agencias privadas de empleo en los Estados Unidos argumentaron que las mujeres empresarias y profesionales necesitaban sirvientas y no podían depender de trabajadoras por horas, es decir, de las mujeres negras que el personal de la agencia consideraba poco confiable porque debían atender a sus propios hogares y que sus clientas solían rechazar por prejuicios racistas. Estas inquietudes no solo llevaron a la sanción de una ley que alentó la migración de trabajadoras domésticas para realizar tareas de cuidado que las mujeres negras rechazaban como parte de su lucha por los derechos civiles, sino que también impulsaron una mayor mercantilización del trabajo reproductivo.⁶⁹

Mujeres de todo el mundo se vieron atraídas por el servicio doméstico, convertido en una fuente de ingresos para las remesas que envían a sus hogares. En los Emiratos Árabes Unidos, por ejemplo, actualmente muchas trabajadoras domésticas filipinas migrantes –a quienes se les permite trabajar con visas patrocinadas por el empleador– experimentan distintos grados de falta de libertad y no están protegidas por las leyes laborales.⁷⁰ El trabajo doméstico pagado muestra que un análisis del capitalismo que tome como punto de partida a la unidad doméstica permite echar luz sobre la línea borrosa entre el trabajo asalariado y no asalariado, el trabajo libre y no del todo libre.

El desarrollo del estado de bienestar durante la primera mitad del siglo XX, en Europa y los Estados Unidos, ayudó a combinar las tareas de reproducción social con el capitalismo de dos maneras cruciales. Por un lado, con la provisión de servicios como subsidios familiares, cuidado de niños y apoyo alimentario, los estados de bienestar facilitaron la reproducción de un ejército de reserva al proporcionar un piso por debajo del cual las personas no podían caer. Por otro lado, si bien la provisión pública directa de reproducción social previno parcialmente la mercantilización de las tareas de cuidado, los apoyos estatales solidificaron las jerarquías sociales y los mercados laborales existentes. En un nivel muy básico, los subsidios directos de asistencia social a las madres permitieron que incluso las mujeres pobres pudieran llevar a cabo el trabajo reproductivo no remunerado necesario para alimentar y criar a la próxima generación, aunque a menudo con estigma y contando apenas con lo suficiente para sobrevivir. Un factor principal que impulsó la

⁶⁹ Eileen Boris, “Regulating Women’s Labors: Between Family and Market”, ponencia presentada en “Care and Capitalism Workshop”, Fordham University, 20–22 de octubre de 2022; Eileen Boris, “Never Obsolete: Private Household Workers and the Transaction of Domestic Work”, *International Labor and Working-Class History*, (9 de marzo de 2023).

⁷⁰ Rhacel Salazar Parreñas, *Unfree: Migrant Domestic Work in Arab States* (Stanford, 2021).

expansión de centros de cuidado infantiles y preescolares financiados con fondos públicos, después de la Segunda Guerra Mundial, fue el deseo de incorporar a las madres trabajadoras al trabajo asalariado. La educación pública capacitó a los niños para satisfacer las necesidades de los empleadores, incluso desde una edad temprana, a menudo canalizando a las minorías pobres, de clase trabajadora y racializadas en programas vocacionales y de otro tipo que eran vías hacia empleos con bajos salarios. Desde la década de 1970, los políticos conservadores en las naciones angloamericanas no solo han reducido los sistemas de seguridad social, sino que también han promovido el uso de proveedores comerciales en lugar del financiamiento público directo, por ejemplo contratando compañías privadas de cuidado infantil con fines de lucro para brindar “servicios” preescolares.⁷¹

En la misma línea, la provisión de trabajo doméstico y reproductivo fuera de los domicilios floreció como parte de la expansión dramática del sector de servicios durante el siglo XX, de modo que a fines de dicho siglo el capitalismo neoliberal había absorbido grandes cantidades de trabajo de reproducción social, convirtiéndolo en servicios mercantilizados y trabajo asalariado. Como observó agudamente Nancy Fraser, este sistema ha “externalizado el trabajo de cuidado en las familias y comunidades reduciendo, al mismo tiempo, su capacidad para realizarlo”.⁷² Fraser señala que existe una tensión persistente entre la necesidad de que los humanos se reproduzcan a sí mismos y la insaciabilidad de la acumulación capitalista que agota incluso las energías necesarias para la continuidad generacional.⁷³ En el norte global, las familias deben dedicar cada vez más horas al trabajo asalariado debido a la caída de los salarios reales, por lo que buscan a otras personas que puedan realizar las tareas de cuidado. Las soluciones se han reciclado de épocas anteriores, con algunos ajustes: dependencia de trabajadoras de cuidado mal pagas, a menudo mujeres de color y migrantes de regiones más pobres (como parte de las “cadenas globales de cuidado”) y

⁷¹ La literatura aquí también es vasta. En primer lugar, Gøsta Esping-Andersen, *The Three Worlds of Welfare Capitalism* (Cambridge, 1990); Christopher Deeming, “The Lost and the New ‘Liberal World’ of Welfare Capitalism: A Critical Assessment of Gøsta Esping-Andersen’s *The Three Worlds of Welfare Capitalism* a Quarter Century Later”, *Social Policy and Society*, 16 (2017): 405-422; Maxine Eichner, *The Free-Market Family: How the Market Crushed the American Dream (and How It Can be Restored)* (Nueva York, 2020); Melinda Cooper, *Family Values: Between Neoliberalism and the New Social Conservatism* (Nueva York, 2017); Premilla Nadasen, *Welfare Warriors: The Welfare Rights Movement in the United States* (Nueva York, 2005); “3-K and Pre-K”, *Inside Schools*. <https://insideschools.org/pre-kindergarten>

⁷² Nancy Fraser, “Crisis of Care? On the Social Reproductive Contradictions of Contemporary Capitalism”, en Bhattacharya (ed.) *Social Reproduction Theory*, 32.

⁷³ *Ibid.*, 22-25.

dependencia de tecnologías como la congelación de óvulos y los sacaleches para retrasar o minimizar las tareas reproductivas.⁷⁴

La subrogación gestacional y la venta de genes y partes del cuerpo también muestran la colonización expansiva de los cuerpos como sitios de inversión de capital, circulación de valor y ganancias que destacan el trabajo reproductivo como una frontera de la globalización capitalista a fines del siglo XX y XXI. Confinadas en dormitorios, vigiladas de cerca, las madres sustitutas alquilan sus vientres y sus vidas. Estas mujeres están contractualmente obligadas a abandonar sus comunidades para ir a granjas infantiles contemporáneas para proteger el producto o la inversión de los compradores, pero también para evitar ser acusadas de relaciones sexuales extramatrimoniales y ser rechazadas por sus propias comunidades. Su situación queda al margen de los estándares laborales en la medida en que su trabajo continúa sin ser reconocido como tal, al igual que ocurre con otras formas de trabajo sexual.⁷⁵

Esta expansión del sector de servicios reflejó la transferencia de la estratificación racial del empleo doméstico privado al empleo formal, con mujeres de color empujadas a los puestos de trabajo más bajos y “más sucios”. Evelyn Nakano Glenn enfatizó que “las personas pobres, las personas de color y los no ciudadanos cargan con la mayor parte de las tareas domésticas, físicas y prácticas. De ese modo, el bajo estatus de las tareas de cuidado y el bajo estatus de las trabajadoras de cuidado se refuerzan mutuamente”.⁷⁶ Recientemente, economistas y sociólogas feministas calcularon que la fuerza de trabajo remunerada en una nueva “economía del cuidado” representa entre el diez y el veinticinco por ciento del empleo total en los Estados Unidos. Una importante especialista como Premilla Nadasen ha argumentado que “las tareas de reproducción social asalariadas son cada vez más importantes para las ganancias capitalistas y funcionan hasta cierto punto como un motor

⁷⁴ Barbara Ehrenreich y Arlie Russell Hochschild (eds), *Global Woman: Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy* (New York, 2002); Premilla Nadasen, “Rethinking Care Work: (Dis)Affection and the Politics of Caring”, *Feminist Formations*, 33, 1 (2021): 165-188.

⁷⁵ Kalindi Vora, *Life Support* (Minneapolis, 2015); Melinda Cooper y Catherine Waldby, *Clinical Labor: Tissue Donors and Research Subjects in the Global Bioeconomy* (Durham, 2014); Mahua Sarkar, “When Maternity is Paid Work: Commercial Gestational Surrogacy at the Turn of the Twenty-First Century”, en Eileen Boris, Dorothea Hoeltker, and Susan Zimmermann (eds), *Women’s ILO: Transnational Networks, Global Labour Standards and Gender Equity, 1919 to Present* (Leiden, 2018), 340-364; Sophie Lewis, *Full Surrogacy Now: Feminism Against Family* (Londres, 2019), 84-140.

⁷⁶ Evelyn Nakano Glenn, *Forced to Care: Coercion and Caregiving in America* (Cambridge, 2010), 184; Dorothy E. Roberts, “Spiritual and Menial Housework”, *Yale Journal of Law and Feminism*, 9, 1 (1997): 51-80.

de la economía”.⁷⁷ Gran parte del trabajo que antes era interno al hogar y se caracterizaba por el uso y la subsistencia ha sido ahora externalizado y mercantilizado, conservando sus características fuertemente racializadas y generizadas. Continúa siendo realizado por mujeres, y muy a menudo por mujeres de color, con los bajos salarios y la precariedad asociados con el empleo femenino en general en el capitalismo.

El sexo en sí mismo permaneció entrelazado con el capitalismo de múltiples maneras. El sexo es trabajo, una forma de ganarse la vida, como lo ha demostrado la rica historia global de la prostitución y los trabajos sexuales para mujeres, hombres y personas transgénero. Se trata de un sector en constante expansión, incluyendo burdeles, clubes de striptease, masajistas, medios pornográficos, sitios web y cámaras.⁷⁸ A mediados del siglo XX, la regulación del sexo permitió la gentrificación urbana cuando los gobiernos municipales limpiaron las “zonas rojas” para atraer turistas y consumidores suburbanos, limitando los entretenimientos sexuales a ciertas calles.⁷⁹ Internet abrió grandes espacios para el consumo de pornografía y el turismo sexual sigue siendo una industria próspera.⁸⁰ El sexo y su restricción pueden convertirse en un buen negocio.

El capitalismo también podría ser bueno para el sexo, aunque tal vez deberíamos tomar en serio la afirmación de Kristen Ghodsee de que “las mujeres tienen mejor sexo bajo el socialismo” debido a una mayor independencia económica de los hombres.⁸¹ El viejo adagio que indica que “el aire de la ciudad te hace libre” ciertamente se aplica a las nuevas formas de hogares y sexualidades que surgieron bajo el capitalismo industrial con la migración de los jóvenes en busca de empleo. Al abandonar la familia de origen, se abre la posibilidad de escapar a la vigilancia, aunque quizás no a la obligación de enviar dinero. La autonomía que otorga el salario, por precaria

⁷⁷ Nancy Folbre (ed.), *For Love and Money: Care Provision in the United States* (Nueva York, 2012), 66; Duffy, *Making Care Count*, 18, 77-80. Ver también Eileen Boris y Jennifer Klein, *Caring for America: Home Health Workers in the Shadow of the Welfare State* (Nueva York, 2012); Nadasen, *Household Workers Unite*; Nadasen, “Rethinking Care Work”.

⁷⁸ Rodríguez García *et al.* (eds), *Selling Sex in the City*; Becki Ross, “Sex and (Evacuation from) the City: The Moral and Legal Regulation of Sex Workers in Vancouver’s West End, 1975–1985”, *Sexualities*, 13, 2 (2020): 197-218; Lin Lean Lim (ed.), *The Sex Sector: The Economic and Social Bases of Prostitution in Southeast Asia* (Ginebra, 1998).

⁷⁹ Anne Gray Fischer, *The Streets Belong to Us: Sex, Race, and Police Power from Segregation to Gentrification* (Chapel Hill, 2022).

⁸⁰ Heather Berg, *Porn Work: Sex, Labor, and Late Capitalism* (Chapel Hill, 2021); Natalie West and Tina Horn (eds), *We Too: Essays on Sex Work and Survival* (Nueva York, 2021).

⁸¹ Kristen Ghodsee, *Why Women Have Better Sex Under Socialism: And Other Arguments for Economic Independence* (Nueva York, 2020).

que fuera, permitió a las mujeres jóvenes desafiar a sus padres, abrirse paso en salas de baile y otros entretenimientos comerciales, y a fines del siglo XX, formar hogares autosuficientes donde no estaban atadas a los hombres. Si bien puede ser una espada de doble filo, ya que el trabajo de servicio mal remunerado llevó a la feminización de la pobreza, liberó a las mujeres y les permitió dejar parejas abusivas o simplemente elegir cómo vivir sus vidas.⁸²

Las personas pudieron liberarse del comportamiento conyugal y heteronormativo. Pudieron arriesgarse a vivir juntas sin casarse una vez que cada una pudiera asegurar un salario para mantenerse a sí misma.⁸³ Pudieron surgir y florecer identidades y comunidades queer. Como ha explicado John D’Emilio, “al despojar al hogar de su independencia económica y fomentar la separación de la sexualidad de la procreación, el capitalismo ha creado condiciones que permiten a algunos hombres y mujeres organizar una vida personal en torno a la atracción erótica/emocional hacia su propio sexo”. Al fomentar el individualismo, el capitalismo abrió paso a la “identidad personal” —transformando actos sexuales con personas del mismo sexo en identidades sexuales— y, por lo tanto, alentó nuevas formaciones de género. Las movilizaciones bélicas reunieron aún más a las personas en instituciones y espacios segregados por sexo, alentando nuevas comunidades homosexuales. Si bien D’Emilio se centra en los Estados Unidos, una rica literatura ha ampliado nuestras perspectivas sobre cómo el capitalismo pudo haber liberado las sexualidades, incluso al mismo tiempo en que sometía a las personas a otras dependencias.⁸⁴

Hacia una nueva agenda de investigación

⁸² Joanne Meyerowitz, *Women Adrift: Independent Wage Earners in Chicago, 1880–1930* (Chicago, 1988); Kathy Peiss, *Cheap Amusements: Working Women and Leisure in New York City, 1880 to 1820* (Filadelfia, 1986); Carol Schmid, “The ‘New Woman’ Gender Roles and Urban Modernism in Interwar Berlin and Shanghai”, *Journal of International Women’s Studies*, 15, 1 (2014): 1-16; Alys Eve Weinberg, Lynn M. Tomas, et al., *The Modern Girl Around the World: Consumption, Modernity, and Globalization* (Durham, 2008).

⁸³ Elizabeth H. Pleck, *Not Just Roommates: Cohabitation After the Sexual Revolution* (Chicago, 2012).

⁸⁴ John D’Emilio, “Capitalism and Gay Identity”, en Henry Abelove, Michèle Aina Barale, y David M. Halperin, *The Lesbian and Gay Studies Reader* (Nueva York, 1993), 470-472; por ejemplo, Annalisa Martin, “Cleaning Up the Cityscape: Managing Commercial Sex and City Space in Cologne, 1956–1972”, 311-330, y Nicolaos Papadogiannis, “Greek Trans Women Selling Sex, Space and Mobilities, 1960s–80s”, 331-362, ambos en *European Review of History*, 29, 2 (2022). Ver también George Chauncey, *Gay New York: Gender, Urban Culture, and the Making of the Gay Male World, 1890–1940* (Nueva York, 1994).

El relato que hemos esbozado aquí es exploratorio, orientado a generar preguntas y nuevas líneas de investigación, y no pretende ser definitivo. Continuando con una larga línea de análisis feministas, nos hemos focalizado en la centralidad que ha tenido, para el desarrollo del capitalismo, el trabajo de reproducción social basado en el hogar. Básicamente, esta historia refuerza el punto de que el trabajo doméstico no remunerado y asalariado cría a los humanos y reproduce su fuerza de trabajo. Más allá de eso, una historia del capitalismo centrada en la unidad doméstica revela cómo las relaciones laborales capitalistas han estado presentes tanto *dentro* como fuera del hogar. Es evidente que la mercantilización también penetró en las relaciones íntimas, en los bienes indispensables para la vida diaria y en los procesos corporales de reproducción. Pero nunca del todo: aunque el capitalismo es voraz, el hogar también ha seguido siendo un sitio de resistencia a sus lógicas.

Próximas investigaciones deberían tomar en consideración una serie de temas. Un examen más amplio del capitalismo que tome a la unidad doméstica como punto de partida tendría que discutir también de qué manera el capitalismo ha fracturado, desestabilizado y remodelado la unidad doméstica. Por ejemplo, el encarcelamiento masivo, un producto de las políticas económicas de Jim Crow y la disminución de los empleos industriales durante las últimas décadas del siglo XX, despojó a los hogares afroamericanos de familiares que estaban en la flor de la edad, haciendo que estos hombres y mujeres sean más rentables para el capital como presos y trabajadores penitenciarios que como trabajadores asalariados.⁸⁵ Del mismo modo, las historias de migraciones para escapar del despojo y para obtener empleos llevaron a la formación de nuevos hogares y rediseñaron las relaciones de parentesco en muchas partes del mundo.⁸⁶

En segundo lugar, la comparación de casos de distintos países enriquecerá nuestras ideas sobre la unidad doméstica. Un examen minucioso de patrones cambiantes a lo largo del tiempo en todo el mundo ayudaría a revelar similitudes y diferencias en relación con intercambios transnacionales y desarrollos paralelos. Investigaciones adicionales podrían explorar cómo los hogares arraigados durante mucho más tiempo en la subsistencia agrícola se han visto atrapados en los procesos que describimos. Nuestra discusión se enfoca más en el norte global, pero ya están en marcha investigaciones

⁸⁵ Ruth Wilson Gilmore, *Golden Gulag: Prisons, Surplus, Crisis and Opposition to Globalizing California* (Berkeley, 2007).

⁸⁶ Nicholas Lemann, *The Promised Land: The Great Black Migration and How It Changed America* (Nueva York, 1991); Lisa Levenstein, *A Movement Without Marches: African American Women and the Politics of Poverty in Postwar Philadelphia* (Chapel Hill, 2009).

paralelas sobre el sur global y el antiguo bloque socialista del este que generarán nuevas conceptualizaciones y cronologías.⁸⁷

En tercer lugar, las ideas de agencia y restricción ofrecen marcos complicados para investigar las unidades domésticas que son, después de todo, al mismo tiempo espacios de resistencia y de reforzamiento de las jerarquías de poder y los sistemas de explotación. Los trabajadores que podían regresar al campo y las unidades domésticas con acceso para cultivar sus propios alimentos crearon un espacio de autonomía. Fueran o no nominalmente libres, estos trabajadores obtuvieron un control sobre los excedentes para crear sus propios intercambios de mercado y, a veces, participar en protestas y otras medidas de fuerza en el plano laboral. Al reclamar que se valore la reproducción social, las feministas procuraron tomar el control de sus vidas. Quienes promovieron el movimiento de salarios para el trabajo doméstico rechazaron la explotación laboral. Al exigir que se cumplan sus derechos, o al simplemente negarse a trabajar con cama adentro, las trabajadoras domésticas y de cuidado desafiaron los términos de su empleo afirmando al mismo tiempo su dignidad y su importancia. Quedándose en casa, las manifestantes por los derechos de las personas con discapacidad han practicado lo que Akemi Nishida llamó “activismo de la cama” contra la mercantilización de la atención que ha acompañado a los sistemas de salud con fines de lucro.⁸⁸ La ayuda mutua surgió como un contrapeso al consumo capitalista. En estas “familias elegidas”, los grupos de ayuda mutua y las personas queer y otros grupos marginados, han construido relaciones de amor, intimidad y apoyo más allá del hogar heterosexual y marital, brindando un cuidado ajeno a los imperativos capitalistas y rechazando la presión por la productividad laboral asalariada que se espera de las parejas adultas casadas.⁸⁹ Al construir relaciones íntimas sobre valores y conexiones emocionales que se desmarcan de las lógicas del mercado, los miembros de las unidades domésticas continúan resistiendo la mercantilización intrusiva del capitalismo. Investigaciones futuras convocarán a escribir una “contrahistoria” del hogar como un sitio distintivo y esencial de oposición al capitalismo, especialmente para las clases trabajadoras. Además, una lectura

⁸⁷ Ver, por ejemplo, “ZARAH: Women’s Labour Activism in Eastern Europe and transnationally, from the Age of Empires to the late 20th Century”, Susan Zimmermann, en <https://zarah-ceu.org/>; “Revaluing Care in the Global Economy: Global Perspectives on Metrics, Governance, and Social Practices”; Jocelyn Olcott y Tania Rispoli, directoras en <https://www.revaluingscare.org/>

⁸⁸ Akemi Nishida, *Just Care: Messy Entanglements of Disability, Dependency, and Desire* (Filadelfia, 2022).

⁸⁹ Dean Spade, *Mutual Aid: Building Solidarity During This Crisis (and the Next)* (Londres, 2020); Kath Weston, *Families We Choose: Lesbians, Gays, Kinship* (New York, 1991); Daniel Winunwe Rivers, *Radical Relations: Lesbian Mothers, Gay Fathers, and Their Children in the United States Since World War II* (Chapel Hill, 2013).

entre líneas que supere los sesgos de la documentación oficial y de buena parte de la historiografía puede desentrañar el binario de género que impregna la contabilidad de los hogares y el trabajo, y tal vez descubrir un pasado más queer, que se rebeló contra el *statu quo* económico y social heteronormativo ofreciendo una alternativa de liberación.⁹⁰

Una historia social del capitalismo con perspectiva de género, construida a partir del trabajo de reproducción social, subraya la tensión que existe entre la necesidad del capitalismo de explotar el trabajo de trabajadores y trabajadoras y la necesidad de estos últimos de asegurar su sostén de una generación a otra. La unidad doméstica se erige como un sitio de explotación y un espacio de empoderamiento; sus contradicciones nos invitan a desentrañar sus posibilidades y trazar sus cargas.

⁹⁰ Margot Canaday ha comenzado esta tarea: ver *Queer Career: Sexuality and Work in Modern America* (Princeton, 2023); Miriam Frank, *Out in the Union: A Labor History of Queer America* (Filadelfia, 2014).

Original title: Household Matters: Engendering the Social History of Capitalism

Original abstract: This essay takes up the project of engendering capitalism by turning to the household. It situates a gendered analysis of capitalism within recent histories of capitalism, feminist analyses of social reproduction, histories of family and industrialism, histories of sexuality, and histories of women's labor. It argues that to analyze capitalism from a household perspective clarifies three core elements of capitalist political economy. First, capitalism depended on reproductive and productive labor inside the household, from early industrialization through its most recent incarnations. Second, reproductive labor, historically anchored in the household, has served as a crucial site for development of capitalist labor relations. Third, that intensified commodification of reproductive labor has driven capitalist accumulation as well as capitalist social relations, whether that labor occurs within the household or is located beyond it.

Keywords: capitalism, household, work, social reproduction

Título: A importância da unidade doméstica: Rumo a uma história social do capitalismo com perspectiva de gênero

Resumo: Este artigo foca na unidade doméstica para abordar uma análise do capitalismo com perspectiva de gênero. Repõe uma análise generalizada nas histórias recentes do capitalismo, nas análises feministas da reprodução social, nas histórias da família e do industrialismo, nas histórias da sexualidade e nas histórias do trabalho das mulheres. Alega que analisar o capitalismo com uma perspectiva centrada na unidade doméstica lança luz sobre três elementos centrais da economia política capitalista. Primeiro, o capitalismo tem dependido do trabalho reprodutivo e produtivo realizado dentro do lar, desde a industrialização precoce até os dias atuais. Segundo, o trabalho reprodutivo, historicamente ancorado na unidade doméstica, desempenhou um papel fundamental no desenvolvimento das relações de trabalho capitalistas. Em terceiro lugar, a intensificação da mercantilização do trabalho reprodutivo impulsionou a acumulação capitalista, assim como as relações sociais capitalistas, quer esse trabalho ocorra dentro ou fora da unidade doméstica.

Palavras-chave: capitalismo, unidade doméstica, trabalho, reprodução social